

saba esto grandísima nota y escándalo en México, especialmente entre la gente principal y de lustre, la cual murmuraba dellos, y de su libertad y poco empacho en andar así azotando calles, habiendo hecho tan notables desatinos, y aun culpaban al padre Comisario porque lo consentia ó permitía, y porque no los echaba de allí y los enviaba al puerto, pero él disimulaba estas cosas, y en ellas y otras acudía á dar gusto al Virey, á trueque de poder enviarlos á España, y que el Virey se los dejase embarcar; lo cual él pretendió estorbar, por sí y por su muger, con ruegos y amenazas y por otras vías, hasta venirle á pedir que no enviase sino dos de ellos, para que en nombre de los demás negociasen, pero viendo que nada desto aprovechaba, porque el padre Comisario decia que ellos ó él habian de venir á España, negoció con él que los diese licencias honrosas, y que fray Pedro de San Sebastian viniese por Comisario de los frailes de la flota de Nueva España (excepto del padre Ponce y de sus compañeros, y de otros dos frailes que el mismo padre Comisario enviaba con los procesos) y que de camino visitase el convento de la Habana. Todo lo cual se murmuró mucho, y con razon, porque hacer prelado y dar jurisdiccion á un hombre que venia desterrado, y contra quien enviaba informaciones escandalosas muy probadas, á pocos habrá que parezca bien, y á menos que parezca justo ni aun licito; pero él lo hizo, segun se decia, á mas no poder, á trueque de echarlos de la tierra, que aun nadie acababa de creer que hubiesen de salir, segun era el favor que en el Virey tenían y lo mucho que él los amparaba. Con estos cinco frailes envió tambien á España otro llamado fray Juan de Salas (que es el que levantó el motin en el convento de Tezcu-

co, cuando el padre fray Alonso Ponce visitaba aquella provincia, como atrás queda referido) por lo que entónces allí hizo, y por otras culpas que le acumuló, privándole de la guardianía de Tepeaca, que le habian dado en aquel capítulo y poniendo otro en su lugar; y así eran ya seis los culpados que venian á España.

Desta ida del padre Comisario general á Toluca, y de como los frailes sobredichos venian á México, tuvo noticia cierta el padre fray Alonso Ponce, que estaba en Tlaxcalla; y porque el mismo Comisario le habia dicho que como se estuviese en Tlaxcalla y su comarca hasta la Pascua de Resurreccion, pasada esta podia ir á los demás conventos de la provincia y al de México, por esta razon le escribió pidiéndole licencia para ir allá, porque tenia necesidad de buscar matalotage en aquella cibdad, para sí y para sus compañeros, y de tratar otras cosas de mucha importancia; y aunque esto le escribió dos veces, nunca el Comisario le dió licencia, diciendo á la una carta que habia mucho que considerar en aquella su ida á México, y á la otra que no convenia que fuese, y que él daría cuenta á Dios y á su prelado de aquello. Notóse mucho esto en toda la tierra, y á todos pareció que se hacia notable agravio al padre Ponce, viendo que á los culpados y rebeldes se les daba facultad para ir á México y pasearse por el pueblo y negociar muy á su gusto, así matalotage y aviamiento, como cartas de favor y otras cosas, y que al que habia sido su prelado y á quien ellos habian injustamente perseguido y desterrado, se le denegase la licencia que pedia para ir á aquella cibdad, donde se tenia por cierto, y así lo habian dicho muchos caballeros della, que se le hiciera muy gran recebimiento, especial por la gente principal, que todos

le amaban y querian y deseaban ver y comunicar. Dijo-se que el Virey estorbó esta ida, porque no se le hiciese esta honra, ó por parecerle que era caso de menos valer que volviese á México el que él habia echado de la Nueva España, y que bastaba haberle dejado entrar en la provincia del Santo Evangelio.

De como el padre Ponce se fué á ver con el padre Comisario al convento de la Milpa, y de lo que antes desto hizo el Virey con una patente suya.

Viendo el padre Ponce que no le dejaban ir á México sacó licencia para que en su lugar fuesen sus dos compañeros, los cuales negociaron muy bien lo que se pretendia, y habiendo sacado una patente del padre Comisario, para que con ellos se volviese á España en aquella flota, enviándola el mesmo padre Comisario al Virey para que la refrendase, mandando al pié della á los oficiales reales de la Veracruz, que los dejasen embarcar, habiendo refrendado las de los otros seis frailes, que como dicho es iban muy honrosas, nunca quiso refrendar esta con ir poco mas que llana, diciendo que con aquella patente santificaban al padre Ponce, y quedándose con ella, que no la quiso volver, fué menester llevarle la original que le habia enviado el padre ministro general, la cual refrendó; porque se vea hasta donde llega y en que menudencias se pone una entereza ó pasion de un príncipe: pero el padre Comisario dió por sí otra patente como la que tomó el Virey, aunque ninguna dellas fué menester mostrar en la Veracruz.

Despues desto fué el padre Comisario á Tlaxcalla, y allí se vió y comunicó con el padre Ponce que ya estaba bueno, y fué dél requerido segunda vez (porque en la Puebla le habia requerido otra), que hiciese diligencias por todas las provincias que habia gobernado, para que si alguno se sentia agraviado dél, acudiese á pedir su justicia, y que se le diesen los cargos, si algunos hubiese, para poderse descargar en aquella tierra, ántes de embarcarse para España, á dónde le mandaban venir en aquella flota. Pero el padre Comisario, aunque envió patentes sobre esto á las demás provincias, y requirió muchas veces á los de aquella de México que pidiesen lo que tenian que pedir, no le dió sino dos cargos bien leves, á que respondió allí en Tlaxcalla; ó porque no tenia más, ó porque entónces no hubo lugar de averiguarse nada de lo que los frailes rebeldes pedian contra él. De Tlaxcalla pasó el padre Comisario á Tepeaca, y despues volvió hacia México, y hizo alto en el convento de la Milpa, dos leguas de Xuchimilco, por ser casa quieta para poder concluir los procesos que tenia comenzados contra aquellos frailes rebeldes, y escribir á España á los prelados generales; en lo cual, y en hacer sacar traslados destes procesos, se ocupó hasta la partida de la flota.

El padre Ponce, que quedaba en Tlaxcalla, habida licencia para irse á despedir del dicho padre Comisario, salió de aquel convento para el de Sancta Maria Nativitas, lunes ocho de Mayo, con dos religiosos del mesmo convento, que fueron por él y le acompañaron hasta allá aquellas dos leguas; fué recebido de los indios con mucha fiesta y solemnidad, y detúvose allí hasta el miércoles siguiente, vispera de la Ascension, que acompa-

ñado del guardian del mismo convento, partió de aquel pueblo despues de comer; y andadas tres leguas, llegó al de Vexotzingo, y habiéndose detenido con los frailes una hora, pasó adelante, y andada otra legua llegó á Calpa, donde se detuvo otra hora, y pasando adelante y por los ranchos bajos, llegó muy mojado á los ranchos altos, una gran legua de Calpa, donde se le hizo mucha caridad y durmió aquella noche.

Otro dia muy de mañana que fué la fiesta de la Ascension, once de Mayo, dicha misa al pueblo, prosiguió su viage, y pasado el puerto, y andadas aquellas cinco leguas, llegó á las once á Amecameca. Diéronle de comer los padres dominicos, y fué á dormir á una visita de Tlalmanalco llamada San Pablo, cuatro leguas de Amecameca. De allí salió viernes de mañana doce de Mayo, y andadas dos leguas llegó á decir misa al convento de la Milpa, adonde halló á sus compañeros, que venian de México, y al padre Comisario con quien se detuvo todo aquel dia, siendo recebido y tratado de él y de todos los demás frailes que allí habia con grandísima caridad y contento.

De como el padre Ponce llegó á Xuchimilco, y de allí dió la vuelta á la Puebla de los Angeles, donde tuvo la Pascua de Spiritu Sancto.

Sábado trece de Mayo queriéndolo así el padre Comisario, salió el padre Ponce del convento de la Milpa con sus dos compañeros, y andadas dos leguas, llegó temprano á comer al de Xuchimilco, donde fué recebi-

do y tratado con mucha caridad y regalo, y se detuvo aquel dia y el siguiente. Viniéronle á ver algunas personas de México, que acaso supieron su llegada á aquel pueblo, y al mesmo efecto vino un fraile observante y cuatro de los descalzos, con quien se consoló mucho en el Señor; y si se detuviera allí mas tiempo, acudiera mucha gente de aquella corte á verle. Pero él se volvió luego el lunes de mañana á la Milpa, y despedido del padre Comisario partió con sus compañeros y con el guardian de Nativitas, martes diez y seis de Mayo al amanecer, camino del puerto, para embarcarse para España, y pasando por Amezquite, convento de augustinos, y por Tepupula, convento de dominicos, y por Ayapan-go, visita nuestra, llegó andadas seis leguas al pueblo y convento de Amecameca, que tambien es de dominicos, cuando los frailes estaban comiendo, los cuales le hicieron mucha honra, caridad y regalo. Detúvose allí todo aquel dia, y convidado dellos, subió á ver y vió el monte y cuevas del Sancto fray Martin de Valencia, y su cilicio y las casullas con que decia misa; todo lo cual, como atrás queda dicho, es tenido en mucha veneracion, así de los frailes y seglares españoles, como de los indios, de los cuales hay puestas guardas que de dia y de noche guardan aquellas ermitas y cuevas, metidos en otras cobachuelas y chozas, padeciendo mucho frio en aquel cerro, con una devocion extraña.

Miércoles de mañana diez y siete de Mayo, salió el padre Ponce de Amecameca, y pasado el puerto, y andadas aquellas cinco leguas, llegó muy cansado á las once del dia á los ranchos altos; allí comió, y prosiguiendo su viage, andada otra legua larga, fué á dormir al convento de Calpa.

Jueves diez y ocho, dejando allí al guardian de Nativitas para que se volviese á su casa, parti6 de Calpa al-
go de madrugada, y pasando de largo por Cholula, y andadas finalmente cinco leguas, llegó á decir misa al convento de Santa Bárbara de los descalzos de la Puebla de los Angeles, con los cuales se detuvo todo aquel día; y luego el viernes de mañana fué á San Francisco, donde vió á los frailes y tomó celda, y habiendo dicho misa salió á negociar á la cibdad; despues comió con los descalzos, y volvióse á dormir á San Francisco, donde se tuvo hasta el primer día de Pascua, que despues de misa fué á comer, y comió con el Obispo de Tlaxcalla, de quien habia sido convidado, despues de comer fué á los descalzos, con los cuales se detuvo hasta el miércoles siguiente, en el cual luego por la mañana fué á San Francisco y se despidió de los frailes; despues se despidió del Obispo y de los prelados de las órdenes, y se volvió á los descalzos, para desde allí madrugar, luego otro día, camino del puerto.

De como el padre Ponce parti6 de la Puebla y llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y de lo que le sucedió en la Veracruz con los frailes.

Despedido el padre fray Alonso Ponce del Obispo de Tlaxcalla y de los frailes observantes de San Francisco de los descalzos de Santa Bárbara y de los prelados de las demás religiones, y aun del que era alcaide de la fortaleza de San Juan de Ulúa cuando el Virey le envia-

ba á España, que á la sazón estaba por alcalde mayor de aquella cibdad, á quien fué á visitar con no poca edificación del pueblo, salió con sus dos compañeros de la Puebla de los Angeles, jueves de mañana, veinticinco de Mayo, y andadas tres leguas llegó al pueblo y convento de Amozoc, donde fué bien recibido y hospedado; dijo misa, y habiéndole dado de comer temprano, salió de allí con mucho sol, por huir del aguacero de la tarde que se temia, y andadas otras tres leguas, llegó entre doce y una á la cibdad y convento de Tepeaca, donde asimesmo fué bien recibido y se detuvo hasta otro día por la mañana, que parti6 de allí, y andadas otras tres leguas llegó á decir misa á Tecamachalco, donde se le hizo mucha fiesta y regalo, como en los demás conventos, porque todos los frailes en general le eran particularmente aficionados, y como ya tenian libertad y no estaban debajo de la tiranía de fray Pedro de San Sebastian, mostraban sin temor ninguno esta afición y voluntad; y era mucho de notar lo mucho que sentian que se les fuese y dejase aquellas provincias, en tiempo que ya las conocia todas y á los religiosos dellas, y sabia por vista de ojos y larga experiencia lo que en cada una era menester, así en comun como en particular, y aun decian que esta mudanza de prelado, á tal sazón, no era conveniente á las provincias.

Llegado pues el padre Ponce á Tecamachalco, le certificaron que la flota estaba ya aprestada, y que no aguardaba mas de que llegase la plata del Rey, la cual era partida de México, porque llegada esta luego se habia de hacer á la vela; y así por esta causa, luego en comiendo, salió de aquel convento, y andadas dos leguas llegó al de Quéchulac, en el cual se detuvo menos de

dos horas; de allí salió acompañado del guardian, y pasado un pueblo llamado Santiago, llegó ya noche, andadas dos leguas, á otro llamado San Francisco, ambos visitas de Quechulac; llevó aquellas dos leguas por guía un indio populoca, el cual le guió por un atajo de tan mal camino, que fué milagro no despeñarle á él y á sus compañeros, porque era una sierra muy alta, empinada y pedregosa, por donde aun los indios á pié pasan con trabajo y dificultad; daba el viento en el rostro, y era tan recio y deshecho que no dejaba andar las cabalgaduras, ántes las hacia volver atrás y cada momento las sacaba del camino, el cual apenas se parecia. Al padre Ponce que ya estaba hecho á ver y pasar semejantes caminos y pasos, no se le hizo aquel muy peligroso, pero el pobre guardian, que pocas veces ó ninguna se había visto en tales trances, iba lleno de miedo y medio turbado, y al fin se hubo de apear, pareciéndole que así iba mas seguro, pero quiso Dios que se descubrió otra senda mas usada y menos mala, y por ella acabamos de subir la cuesta, despues bajado un gran trecho, y pasadas algunas barranquillas llegamos al pueblo sobredicho, donde, aunque tarde acudieron los indios á darnos colacion y reposamos aquella noche.

Sábado veintisiete de Mayo, dejando allí al guardian de Quechulac, salió el padre Ponce al amanecer de aquel pueblo, y andadas dos leguas llegó á San Jerónimo Alxuxuca; pasó de largo, y andadas siete leguas, llegó cansadísimo y muy fatigado, ántes que el sol se pusiese, á Quauhtotolapan, donde habia dormido jueves dos de Marzo, yendo de Xalapa á Tecamachalco; halló allí muy ruin recado, porque los indios eran pocos y no estaban avisados. Durmió en aquel pueblo aquella noche con menos

frio que la otra cuando pasó, y así la pasó menos mal que á la ida.

Domingo veintiocho de Mayo tomó la madrugada, y pasado el mesmo puerto que á la ida, aunque sin agua y sin frio, y andadas cuatro leguas largas, llegó á decir misa temprano al pueblo de Yxuacan; salieronle á recibir los indios principales y otros sin cuento, casi una legua, y estaba en el pueblo toda la demás gente, indios y indias, vestidos de Pascua y puestos en procesion aguardando á que llegase, con mucha música, llenos de una alegría, devocion y contento extraño. Ofrecieronle muchos ramilletes, y despues de misa muchas peras; diéronle de comer y detúvose con ellos hasta la tarde, que salió de allí en procesion de su viage, y andadas cuatro leguas por el mesmo camino que á la ida, aunque con tiempo enjuto, llegó temprano al pueblo de Xicochimalco, dónde fué solemnemente recibido de los indios, que es gente muy devota. Ofrecieronle ramilletes y hicieronle mucha caridad y regalo; detúvose allí aquella noche.

Lunes veintinueve de Mayo salió muy de madrugada de aquel pueblo, y pasando al amanecer por Coatepec, y andadas cuatro leguas, llegó á decir misa al convento de Xalapa. Vió allí y habló á uno de los seis frailes que enviaba el padre Comisario á España (que los otros ya habian pasado á la Veracruz), abrazándole y tratándole con mucha llaneza y familiaridad; y despues de haber comido y descansado un rato, volvió á proseguir su camino por no perder punto, y andadas tres leguas llegó á la venta del Lencero, dónde se le hizo mucha caridad y descansó aquella noche.

Martes treinta de Mayo salió de aquella venta, algo

de madrugada, y andadas cuatro leguas, llegó, un poco al-
to el sol, á la del Rio, en la cual asimesmo se le hizo
mucha caridad, y se detuvo hasta las tres de la tarde,
siendo tan perseguido y atormentado de moxquitos, que
era lástima ver cual le pararon las manos, rostro y pier-
nas á él y al uno de sus compañeros; el otro libróse de
esta persecucion, porque venia por otro camino, y los
fué á alcanzar á la isla, pero no le faltó por allá otra tal.
A las tres de la tarde salió el padre Ponce de aquella
venta, y andadas tres leguas llegó al ponerse el sol á la
de la Rinconada, dónde se le hizo la misma caridad que
en las otras y descansó parte de aquella noche.

Miércoles treinta y uno de Mayo salió de allí tan de
madrugada y anduvo tan presto aquellas cinco leguas,
que fué menester aguardar en el campo un buen rato á
que amaneciese, por no entrar de noche en la cibdad de
la Veracruz, á la cual habian ya llegado los otros cinco
frailes y estaban aposentados en nuestro convento, con
otros cinco moradores y dos huéspedes, no habiendo en
él mas de seis celdas, y aunque considerado esto y los
negocios pasados pudiera el padre Ponce, sin que nadie
se lo tuviera á mal, pasarse luego adelante á la isla de
San Juan de Ulúa ó irse á posar al convento de la Com-
pañía, donde fuera bien recebido, con todo esto por ver
y hablar aquellos cinco religiosos que tan contrarios le
habian sido, y dar en esto buen ejemplo al pueblo y á
ellos muestra y señal de que no les tenia mala voluntad,
como ellos falsamente decian y publicaban, se fué con
solo su secretario al convento, donde estaban ya tres
dellos, que pudo ver, abrazó y habló con mucha familia-
ridad, como si no hubiera pasado nada; solo uno dellos,
que fué fray Antonio de Salazar, quiso huírsele, porque

con hablarle primero el padre Ponce, se le iba con solo
quitársele la media capilla, pero no le aprovechó nada
porque el padre Ponce se fué para él, y diciéndole que
no se habia de ir de aquella manera, le abrazó y habló;
aunq ue el Salazar al abrazo puso el un brazo en me-
dio, dando á entender que no se fiaba dél ó que
no queria su amistad. Pasó esto en el patio de aquel
convento, en presencia de un español honrado, vecino
de aquella cibdad, el cual lo contó luego en el pueblo y
de presto cundió por todo él, y entre la gente principal
se platicaba la bondad y humildad que el padre Ponce
habia tenido, y cuan mal lo habia hecho aquel religio-
so, edificados de lo uno y escandalizados de lo otro.
Dijo pues misa el padre Ponce, y habiendo tomado cel-
da con intento de estar allí la fiesta del Corpus, que era
el dia siguiente, y luego irse al puerto á concertar na-
vio en que venir, que aun no le habia concertado, ad-
virtió algunos malos términos de algunos de aquellos re-
ligiosos, que estaban allí como encastillados y que le
mostraban mal rostro, y que parecia estar afligidos y
descontentos de verle tan cerca; y así, por quitar toda
ocasion de escándalo, y para que ellos quedasen mas á
su gusto, como señores que estaban apoderados de aquel
convento, salióse dél, habiéndose despedido del guardian,
y fuese á comer á casa de un hombre principal del pue-
blo. Despues aquella mesma tarde pasó el rio por el va-
do, y andadas aquellas cinco leguas, llegó muy noche
al puerto; aposentáronle en la venta de Buitron, en la
cual se le hizo mucho regalo. Otro dia jueves, que fué la
fiesta del Santísimo Sacramento, dijo misa en una ca-
pilla que allí tienen hecha para ello; oyóla mucha gente
de la flota, que allí y en las demas ventas y ranchos es-

taba aposentada, y, despues de haber comido, pasó á la tarde en una chalupa á la isla. Recibióle muy bien el alcaide y aposentóle en el hospital, donde ya habia posado otras dos veces; hizóselé mucha caridad todo el tiempo que allí estuvo, que fué hasta la partida de la flota en la cual salió para España, como adelante se dirá.

Del hospedaje que el alcaide de la isla hizo por orden del Virey á los seis frailes que enviaban á España; dicese algo del Virey, y de lo mucho que el padre Ponce anduvo en la Nueva España.

Pocos dias despues que el padre fray Alonso Ponce llegó á la isla de San Juan de Ulúa, como dicho es, llegaron tambien á la banda de Buitron los seis religiosos que enviaba á España el padre Comisario general, y sabida su llegada por el alcaide y por el Vicario de la isla, pasaron luego allá, y los recibieron con mucho aplauso y les dieron muy bien de comer; luego los pasaron el matalotage y hato, que no era poco ni de despreciar; andando el mesmo alcaide solicitando quien lo pasase. Pasó despues los frailes y hospedólos no lejos del hospital, en una casa grande que él habia hecho para sí, sobre la mesma mar, y en ella les tenia seis camas muy ricamente aderezadas, con paños y cortinas de seda, y hasta que se embarcaron les dió muy espléndidamente de comer; todo por orden y mandado del Virey, que, segun se dijo, le habia escrito que los hospedase y tratase como á su mesma persona. Cosa bien notada y no poco

murmurada de toda la gente de la isla y flota, viendo que á frailes que se habian rebelado contra su prelado, y hecho tantos y tales desconciertos, que por ellos los enviaban desterrados y en son de presos á España, hiciesen semejante honra, y que el mesmo prelado estuviere allí á la puerta en el hospital, y que, como á pobre que era, le diese el mesmo hospital cama y de comer; pero desta suerte van las cosas del mundo, y iban en aquel tiempo en aquella tierra, tan distante y apartada de su Rey, dónde forzosamente han de sobrar agravios. Allí á dónde posaban, los fué una vez á ver el padre Ponce, y encontrando en el camino con dos dellos, que eran fray Antonio de Salazar y fray Pedro de San Sebastian, los saludó y habló, y ellos á él en presencia de muchos seculares. Otra vez los iba á ver á todos, y llegando cerca de su casa le salió al encuentro el alcaide, y metiendo pláticas le atajó el camino y estorbó la visita, dándole á entender que ellos no gustaban de que los visitase, y así no entró dentro. Los mesmos fray Pedro de San Sebastian y Salazar, estando absente el padre Ponce, fueron al hospital, y encontrando con él á la puerta cuando salian, y siendo dél saludados, le saludaron diciendo que venian de ver los enfermos; que aun no quisieron perder su entereza, ni tener término de policía, pues no poco cumplieran con decir que le iban á ver. A estos, y á sus aliados y secuaces, favoreció el Virey ayudándolos, y siendo su fautor, contra su prelado legítimo, en su rebelion, desobediencia y pertinacia, en deshonor é infamia de nuestra orden, y á estos pretendia honrar aun, yendo ya desterrados por sus culpas, publicando él y ellos que habian salido con la suya, pues habian quitado el oficio al padre Ponce y llevádole su-

cesor; y si ellos, y el que tanto á su instancia persiguió al dicho padre Ponce, se holgaron mucho de verle sin oficio, mucho más se holgó él de verse libre de carga tan pesada y mala de llevar. Mucho padeció en su gobierno por hacer su oficio conforme á su obligacion, y por no sujetar la órden á seglares, de los cuales si ella es gobernada no puede tener si no la confusion y afrenta que por este mesmo respecto tuvo la provincia del Santo Evangelio, como atrás queda visto algo dello. Visitó todas sus provincias personalmente; la de México, la de Michoacan, Guatemala, Nicaragua y Yucatan, y en todas fué obedecido y respetado, amado y querido, y concluyó sus visitas, excepto en la de México en la cual sucedió lo que queda referido. Anduvo por tierra desde que se desembarcó en el puerto de San Juan de Ulúa, cuando fué de España, hasta volver al mesmo puerto de vuelta para su provincia muchas leguas, que por buena cuenta (no contadas á bulto, sino por menudo las que hay de un pueblo á otro y de otro á otro, como en esta relacion van referidas) llegan á dos mil y quinientas y cincuenta y siete leguas de caminos muy malos y pasos muy peligrosos, metiendo en ellas veinte y tantas que navegó por el mar del Sur, volviendo de Nicaragua á Guatemala; y para que mejor se entienda esta cuenta, repartírse ha en siete partidas por el órden siguiente:

| | |
|---|-----|
| Desde el puerto de San Juan de Ulúa hasta llegar á México, anduvo setenta leguas. | 70 |
| En la ida desde México á Guadalajara, y vuelta al mesmo México, por el camino que llevó, anduvo doscientas. | 200 |
| En dos vueltas que dió en la provincia del San- | |

| | |
|--|--------------|
| to Evangelio, y en la visita della hasta volver á México cuando la acabó, trescientas y ochenta y siete. | 387 |
| En la ida desde México á Guatemala y Nicaragua, y visita de Guatemala y vuelta por Chiapa, hasta el convento de Tehuacan, de la provincia de México, anduvo ochocientas y cincuenta y una. | 851 |
| En ir desde Tehuacan á Michoacan, y visitar aquella provincia, y volver á México, y ir desde allí á San Juan de Ulúa, seiscientas y ochenta leguas. | 680 |
| En la visita de la provincia de Yucatan, hasta que últimamente llegó á Campeche, cuando se embarcó para la de México, anduvo doscientas y diez y siete. | 217 |
| En ir desde el puerto de San Juan de Ulúa hasta Xuchimilco, y volver al mesmo puerto por el camino que fué y volvió, ciento cincuenta y dos leguas. | 152 |
| TOTAL. | 2.557 |

De manera que suman y montan todas estas leguas las sobredichas dos mil y quinientas cincuenta y siete, sin las cuales anduvo por mar las que hay desde San Juan de Ulúa á la Habana, que á la cuenta ordinaria son trescientas, aunque cuando él las anduvo pasaron, segun decia el piloto que le llevó, de seiscientas por las muchas vueltas que dió la barca con la tormenta, y por arribar como arribó á Campeche. Desde la Habana al Rio de Lagartos anduvo otras ciento y veinte, y desde Cam-